

El pimiento quemaba.

Fernandito era un muchacho de unos 12 años, muy espabilado para su edad. Tenía infinidad de amigos que le seguían.

A la salida del colegio, la mayoría de ellos, se reunían para entablar conversación, casi siempre referente a lo que se traían entre manos. En esta ocasión estaban estudiando la manera de adentrarse en una parte del romeral, situado a la salida del pueblo. Al parecer este año habían tenido problemas con la cosecha.

Tenía alambrada en los alrededores y había que intentar meterse con mucho cuidado. Más de una vez, después de estudiar el sitio adecuado para entrar, los guardas, más listos que ellos, les estaban esperando. En esta ocasión no parecía que hubiera nadie por allí. Se adentraron y cuál no sería su sorpresa, se encontraron con la cosecha de pimientos.

Les llamó la atención que el resto de las verduras y frutas se hubiesen estropeado por completo. Escogieron pimientos a mogollón, se metieron en la caseta de los guardas y aprovechando lo ajeno, frieron pimientos hasta que el humo del aceite les delató.

Los llevaron a la comisaría y avisaron a sus familias. Unos lloraban y otros simplemente sonreían.

Fernandito que se había puesto las botas, terminó llevando pimientos a su casa.

Fuertemente llamaron a la puerta de su habitación. El chaval oía ruidos. ¿Qué pasa madre? "Eso quiero saber yo", contestó su madre muy alterada, -es muy tarde ¿qué haces en la cama a estas horas?-

Fernandito estaba aturdido, no lograba saber lo ocurrido. Qué sueño más raro había tenido.

¿Dónde están los pimientos?

OLGA MARTÍN. Noviembre 2021